

FUENTES

ANIMA MEA DESIDERAVIT TE IN NOCTE (Is 26,9)

“Mientras habitamos en este cuerpo, vivimos en el exilio, lejos del Señor, porque caminamos en la fe y no en la visión”¹⁰⁷.

La contemplación de Dios, la plena posesión en la luz nos será dada únicamente en el cielo. Durante nuestra peregrinación por esta tierra sólo la podemos obtener -como un regalo de Dios-¹⁰⁸ en la noche de la fe, por el deseo.

De aquí que en la literatura patristica la vida cristiana aparezca como una vida de un intenso, de un continuo e insaciable deseo de Dios.

“Toda la vida del buen cristiano es un santo deseo. Lo que deseas aun no lo ves, pero tus deseos cavarán en ti profundidades que serán colmadas cuando veas el objeto de esos deseos tuyos”¹⁰⁹.

Este deseo es la sed del alma¹¹⁰, y la actitud del *anima Deum sitiens*¹¹¹ ya es una oración, una vida de oración, de contemplación.

“Tu deseo es tu oración; si el deseo es continuo, la oración es continua. Si no quieres dejar de orar, no interrumpas el deseo”¹¹².

“Cuando el Apóstol nos dice: Orad sin cesar ¿no es acaso como si dijera: Desead sin cesar aquella vida feliz, es decir la vida eterna, pedidla al único que puede darla? Un deseo continuo es una oración continua”¹¹³.

Es también una vida de permanencia en el Señor.

“¿Hay acaso mayor sublimidad que permanecer en aquél a quien se desea, y recibirlo en sí?”¹¹⁴.

El deseo intensifica la permanencia y ésta, a su vez, acrecienta el deseo porque Dios es inagotable, y, en consecuencia el deseo puede coextenderse a lo infinito. Cuanto más crece el deseo tanto más el alma permanece en Dios, permanece en su amor, ya que el deseo aquí en la tierra es la forma misma del amor.

“El que en su espíritu desea a Dios, ya posee al que ama”¹¹⁵.

Sin embargo,

¹⁰⁷ 2 Co 5,6.

¹⁰⁸ “La contemplación nunca podrá ser fruto de la voluntad humana sino solamente del don divino”. S. BERNARDO, *De diversis*, Sermo 87,3, PL 183,704.

¹⁰⁹ S. AGUSTÍN, *in Ep. primam Joan. Tract.* 4, PL 35,2008.

¹¹⁰ S. AGUSTÍN, *Enarr. in Ps.* 62,5, PL 36,750.

¹¹¹ S. BERNARDO, *In Cant.* 7,2, PL 183,807.

¹¹² S. AGUSTÍN, *Enarr. in Ps.* 37,13, PL 36,404.

¹¹³ S. AGUSTÍN, *Ep. ad Probam* 9,18, PL 33,501.

¹¹⁴ S. GREGORIO DE NISA, *Hom. in Cant.*

¹¹⁵ S. GREGORIO MAGNO, *In Ev.* 30,1, PL 76,1220.

“la petición audaz del alma que sube la montaña del deseo es la de gozar de la Belleza no por espejos ni reflejos sino cara a cara”¹¹⁶.

Y aunque esto

“lo desea con un intenso amor aun no se le concede contemplar al que ama”¹¹⁷.

¿Por qué? Porque

“los santos deseos crecen con la dilación”¹¹⁸.

“A toda alma elegida, aunque esté abrasada por el fuego del amor, se le oculta el rostro de aquél a quien busca a fin de que se acreciente el deseo de su alma, así como si se priva del agua al que tiene sed, ésta aumenta cada vez más, y cuanto más tiempo la desea, con tanta mayor avidez la bebe cuando la encuentra”¹¹⁹.

“Si tú, por ejemplo, te propones llenar una capacidad cualquiera... y ves que la capacidad es demasiado estrecha, la ensanchas para que pueda contener más. Así Dios al diferir el cumplimiento de sus promesas acrecienta nuestros deseos, y al acrecentarlos dilata el alma y aumenta su capacidad”¹²⁰.

La esposa del *Cantar* cuando llama al Esposo pidiéndole que vuelva, lo llama

“con el deseo del alma. ¿Acaso el deseo no es una voz? En la ausencia del Verbo la única y continua voz del alma, su continuo deseo, es como un único y continuo ‘Regresa’ hasta que él vuelva”¹²¹.

Y si el Esposo no responde en seguida es para que

“se acreciente el deseo, se pruebe la legitimidad del afecto, se ejercite cada vez más el amor”¹²².

Este deseo de Dios no es sólo la voz del alma, es también el canto y el clamor del corazón.

“Mientras peregrinamos hacia Cristo, cantemos deseando hasta que llegemos a Él. Porque si deseamos, aunque calle nuestra lengua canta nuestro corazón”¹²³.

“Si pedimos la vida eterna con la boca pero no la deseamos con el corazón, aunque gritemos, callamos. Pero si la deseamos con todo el corazón gritamos aun cuando nuestros labios permanezcan cerrados. En el deseo hay un clamor

¹¹⁶ S. GREGORIO DE NISA, *De vita Moysis*, SC 1 bis, 106.

¹¹⁷ S. GREGORIO MAGNO, *In Ez. Lib II,7,11*, PL 76,1020.

¹¹⁸ S. GREGORIO MAGNO, *In Ev.* 25,2, PL 76,1190.

¹¹⁹ S. GREGORIO MAGNO, *Mor.* 27,4; cf. *Mor.* 26,34, PL, 76,401; 369.

¹²⁰ S. AGUSTÍN, *In Ep. primam Joan. Tract.* 4, PL 35; cf. *Enarr. in Ps.* 83,3: “El cumplimiento del deseo es diferido para que el deseo se acreciente y éste se acrecienta a fin de poder recibir un día a aquél que es el objeto de ese deseo. Dios no da ningún bien creado, sino que se da a sí mismo que todo lo ha creado. Ejercítate ahora para recibir un día a tu Dios, y lo que siempre has de poseer, deséalo mientras dura esta vida”. Cf. también GUILBERTO DE HOILANDIA, *In Cant. Sermo* 6,1, PL 184,38: “La dilación, en verdad, siempre es gravosa para el que ama; pero los deseos mientras no son cumplidos, se van acrecentando cada vez más”.

¹²¹ S. BERNARDO, *In Cant.* 74,2, PL 183,1139-1140.

¹²² SAN BERNARDO, *ibid.* 75,1.

¹²³ S. AGUSTÍN, *Cf. Liturgia Horarum, 2º Responsorio del viernes de la tercera semana de Adviento*, Tomo 1, 244.

secreto que no llega a los oídos de los hombres pero sí penetra los del Creador”¹²⁴.

Si el fin de nuestra peregrinación es Cristo, si el objeto de todos nuestros deseos es la posesión plena de la vida eterna, de las realidades celestiales (*vita aeterna, coelestia*, no son sino diversos nombres de Dios), es necesario que

“fijemos incesantemente la mirada de nuestra alma allí donde deseamos llegar”¹²⁵.

Porque

“como la naturaleza del Bien es atraer a sí a los que levantan los ojos hacia Él, el alma -si nada de aquí abajo interrumpe su impulso- se eleva cada vez más, tendida hacia adelante por el deseo de las realidades celestiales, y su vuelo la llevará cada vez más alto. Así el deseo de la Belleza que la impulsa en esta ascensión no deja jamás de tender hacia lo bello a medida que avanza en su carrera. En efecto, quien eleva los ojos hacia Dios no deja jamás de desearlo. Y esto es realmente ver a Dios: no encontrar nunca saciedad a este deseo. Pero es necesario estar siempre vuelto hacia Él y estar inflamado por el deseo de ver. Así ningún límite podrá interrumpir el progreso de la subida hacia Dios porque, por una parte, lo bello no tiene límite y por otra, el crecimiento del deseo que tiende hacia Él no podrá ser detenido por ninguna saciedad”¹²⁶.

Vivir con la mirada y el pensamiento puestos en las cosas celestiales (cf. *Col 3,2*) es, debería ser, la actitud normal de todo cristiano, y a fortiori del monje. El recuerdo permanente de la Jerusalén celestial es una nota característica de la vida monástica. El monje es el que peregrina hacia la ciudad santa. El es “el que especialmente tiene el privilegio de poder permanecer así, con la mirada puesta en el cielo, mostrando al mundo por su existencia, la dirección hacia lo que hay que mirar y apresurando por la oración y el deseo la consumación del reino de Dios”¹²⁷. El es el que

“desea la vida eterna con ardor espiritual”¹²⁸.

Es

“el ciudadano de la Jerusalén celestial cuyos deseos y afectos, cuyo único deleite consisten en la contemplación de las realidades celestiales, y en las cuales habita conforme dice el Apóstol: Nuestra ciudadanía está en el cielo”¹²⁹.

Y pensar en el cielo es atestiguar que se desea lo que en él se espera poseer y que ya se lo posee al poder desearlo.

Pero sólo en la patria poseeremos perfectamente a Dios, sólo allí alcanzaremos la unión plena en la visión.

¹²⁴ S. GREGORIO MAGNO, *Mor 22, 43*, PL 76,238; cf. S. BERNARDO, in *Psal. Qui habitat, Sermo 16,1*, PL 183,247: “A los oídos de Dios el deseo vehemente es un gran clamor”.

¹²⁵ S. GREGORIO MAGNO, in *Ez*.

¹²⁶ S. GREGORIO DE NISA, *De vita Moysis*, SC 1 bis, 108-109.

¹²⁷ Cf. J. LECLERCQ, *L'amour des belles lettres et le désir de Dieu*, p. 59.

¹²⁸ *Regla de san Benito*, cap. IV,46.

¹²⁹ PEDRO DE CELLE, *Sermo 18*, PL 202,695.

“La recompensa será ver a Dios, vivir con Dios, vivir de Dios, estar con Dios y en Dios que será todo en todos; poseer a Dios que es el sumo Bien”¹³⁰.

Sólo allí alcanzaremos la saciedad perfecta de todos los deseos, porque allí

“el que desea, siempre ama desear más, y el que ama, siempre desea amar más, y tú, Señor, al que desea y ama le das con tal abundancia todo lo que desea y ama que ni la ansiedad angustia al que desea ni el hartazgo, al que tiene en abundancia”¹³¹.

Los elegidos, en efecto,

“siempre ávidos y siempre saciados, poseen lo que desean: la saciedad nunca los harta ni el hambre los acucia. Deseando, comen sin cesar, y comiendo no cesan de desear”¹³².

Allí

“la languidez intolerable provocada por el deseo sanará cuando gocemos con inmensa alegría del Amado a quien deseamos; sin embargo el deseo no desaparecerá, antes bien se acrecentará. Entonces ya no habrá languidez, habrá cesado este sufrimiento intolerable cuando los que desean hayan sido saciados plenamente con la posesión del que es objeto de sus deseos, y siendo saciados aprenderán a desear en la misma saciedad mediante una mutua, interminable e inexplicable generación: el deseo que engendra la saciedad y la saciedad que produce el deseo”¹³³.

Allí

“todo lo que deseemos, lo poseeremos, y ya no desharemos nada más; y lo que veamos lo amaremos, y seremos felices por ese mismo amor, felices por la dulzura del amor Y por la suavidad de la contemplación. Y esta visión que colmará y saciará el corazón del hombre será la consumación de la felicidad eterna”¹³⁴.

Porque

“veremos a Dios y Él mismo será nuestra recompensa, y después de las tinieblas de esta vida mortal gozaremos de su luz resplandeciente”¹³⁵.

“lo veremos tal cual es”, “cara a cara”.

¹³⁰ *Meditationes piissimae, cap. IV*, PL 184,492.

¹³¹ GUILLERMO DE ST. THIERRY, *De contempl. Deo* III,8, PL 184,371.

¹³² S. PEDRO DAMIÁN, *Hymnus gloriae paradisi*, PL 145,982:

*“Avidi et semper pleni
quod habent desiderant:
non satietas fastidit
neque fames cruciat,
inhiantes semper edunt
et edentes inhiant”.*

¹³³ *Tract de Passione Domini*, 169, PL 84,736.

¹³⁴ *Meditationes piissimae, cap. IV*, PL 184, 492; cf. S. GREGORIO MAGNO, *Mor* 18,91: “Para que no haya ansiedad en el deseo, los que desean son saciados, y para que no haya hartazgo en la saciedad, los que están saciados desean. Y ellos desean sin angustia porque al deseo lo acompaña la saciedad, y son saciados sin hartazgo porque la misma saciedad se renueva siempre por el deseo. Esto mismo nos espera a nosotros cuando lleguemos a la fuente de la vida. *Et sitiennes satiabimur et satiati sitiemus*”.

¹³⁵ S. GREGORIO MAGNO, *Mor* 18,91, PL 76,94.

*Abadía de Santa Escolástica
Victoria (BA). Argentina*